

restregones de papel, de gritos de los ujieres, de corta-papeles tamborileando sobre las mesas, de charlas, de corrillos en que la voz del orador destaca á solo retumbante ó tímido con no interrumpido acompañamiento.

Semejante situación, ya de suyo enervante, se agravaba para el Nabab merced á las calumnias, cuchicheadas en el primer momento, y ya por fin impresas, circulando á miles de ejemplares, que le valían ser puesto disimuladamente en entredicho por sus colegas. Los primeros días iba y venía por los corredores, por la biblioteca, por la cantina, por el salón de conferencias, como todos los demás, encantado de sentar los pies en todos los rincones de aquel majestuoso laberinto; pero desconocido de la mayor parte, renegado por algunos miembros del casino de la calle Real que procuraban escabullirse á su paso, detestado por toda la camarilla clerical que capitaneaba Le Merquier, y por el mundo financiero, hostil á aquel millonario que arrastraba el alza y la baja como esos buques de gran porte que ponen en revolución las aguas de un puerto, su aislamiento se hacía más profundo cuanto más mudaba de sitio, y por doquiera le perseguía la misma enemistad.

Hasta sus ademanes, su porte, influídos por esta posición, se habían vuelto algo encogidos, como desconfiados y vacilantes. Sentíase vigilado. Si entraba un momento en la cantina, en aquella vasta pieza llena de luz que daba á los jardines de la presidencia y que le gustaba sobremanera porque allí, frente á aquel espacioso mostrador de mármol blanco atestado de manjares y de bebidas, los diputados dejaban de lado sus fieros imponentes, la garduña legislativa se hacía más familiar, restituída á la naturalidad por la naturaleza, sabía que al día siguiente aparecería en el *Mensajero* un sueltcito burlesco presentándole á sus electores como un empina-codos jubilado.

He aquí otra de sus pesadillas, los electores.

Afluían á bandadas, invadían la *salé des Pas-perdus*, galopaban en todas direcciones como cabritillos ardientes y negros, llamábanse de un extremo á otro de la sonora pieza, «¡O Pel... ¡O Tché!...» aspirando con delicia la atmósfera de gobierno, de administración; ponían los ojos en blanco al ver pasar á algún ministro y se iban detrás de él bebiendo los

vientos como si hubiese de caer alguna credencial de sus bolsillos venerables ó de su ventruda cartera; pero, sobre todo, acosando á «Moussiou» Jansoulet con tantas reclamaciones, exigencias y explicaciones, que para librarse de aquel tumulto gesticulador que llamaba la atención de todo el mundo y le convertía en una especie de delegado de una tribu de Touaregs en el seno de un pueblo civilizado, no tenía otro recurso que implorar con la vista el auxilio de algún ujier de servicio, al tanto de aquellos salvamentos, quien acudía precipitadamente á decirle: «Que le llamaban con urgencia á la sección octava.» De suerte que no encontrándose bien en parte alguna, arrojado de los pasillos, del salón de conferencias, de la cantina, había acabado el pobre Nabab por no desamparar su banco en el cual se mantenía clavado y sin abrir boca durante toda la sesión.

Un amigo tenía, sin embargo, en la Cámara, un diputado recién elegido en Deux-Sèvres, llamado M. Sarigue, un pobre diablo incapaz de hacer daño á una mosca, peli-rojo y chiquitín, mirar miedoso, que no dejaba nunca los botines blancos y que andaba á salticos, tímido hasta el extremo de no poder decir dos palabras sin atragantarse, cuasi sin voz, revolviendo sin cesar por la boca pastillas de goma, lo cual acababa de empastelar sus frases. Todos se preguntaban qué había venido á hacer en la Asamblea un esperpento como aquel, y qué ambición femenina fuera de quicio había empujado á la vida pública á aquel ente incapaz para toda clase de funciones privadas.

Por una de esas irónicas jugarretas de la suerte, Jansoulet, víctima á su vez de todas las inquietudes de su validación, había sido elegido en la sección octava para dictaminar acerca de la elección de Deux-Sèvres, y M. Sarigue, que tenía conciencia de su incapacidad y un miedo cerval de que le mandasen á su casa de un puntapié, hacía el oso, humilde y suplicante, en torno de aquel mocetón tremendo cuyos anchos omóplatos se hinchaban, como al soplo de un fuelle, debajo del fino paño de su levitón, sin sospechar que dentro de aquella sólida envoltura se ocultaba un pobre sér tan atribulado como él.

Mientras se ocupaba en el dictamen sobre la elección de Deux-Sèvres, al observar las numerosas protestas, las acusa-

ciones de amaños electorales, banquetes á los electores, votos comprados, toneles de vino colocados en las puertas de los colegios á disposición de los aficionados, en una palabra, el aparato usual de una elección en aquellos tiempos, Jansoulet se estremecía al pensar en la suya. « Pero si yo he hecho otro tanto... » decía para sí aterrado. ¡ Ah ! M. Sarigue podía estar tranquilo ; la suerte no podía depararle un ponente mejor intencionado que el suyo, ni más buen chico, porque el Nabab, compadecido de su paciente, conociendo por experiencia propia cuán dura era la espera, había acelerado su trabajo, y la enorme cartera que llevaba bajo el brazo al salir del palacio de Mora contenía su dictamen á punto de ser leído á la comisión.

Ora fuese por aquel primer ensayo de funciones públicas, ora por las buenas palabras del duque, ora por el tiempo magnífico que hacía y que producía un efecto delicioso en un meridional como él, hombre de impresiones meramente físicas y acostumbrado á moverse al calor del sol y bajo un cielo azul, ello es que los ujieres del cuerpo legislativo vieron comparecer aquel día á un Jansoulet altanero y orgulloso que no conocían hasta entonces. Acabó de ponerle en posesión de todo su aplomo y de toda la audacia de su temperamento el carruaje del grueso Hemerlingue parado al pié de la verja y que se daba á conocer de lejos por la inusitada anchura de su portezuela. « Ahí está el enemigo... Atención. » Con efecto, al atravesar el salón de conferencias, vió al banquero que departía en un ángulo con Le Merquier el ponente, fué á pasar junto á ellos, y les miró con aire triunfante que hizo pensar á los otros : « ¡ Si habrá algo ! »

Á renglón seguido, satisfecho de su sangre fría, encaminóse á las secciones, vastas y elevadas piezas que daban por entrambos lados á un largo corredor, y cuyas grandes mesas cubiertas de tapetes verdes, y los pesados y uniformes sitaliales, llevaban impreso el sello de una fastidiosa solemnidad. Los diputados iban compareciendo. Formábanse en grupos, discutían, gesticulaban, con saludos y apretones de manos y movimientos de cabeza que se dibujaban en el luminoso fondo de los cristales como sombras chinescas. Por acá cruzaban unos paseándose, cabizbajos, solitarios, como si no pudiesen con el peso de las ideas que fruncían sus frentes

pensativas. Otros se hablaban al oído, comunicándose noticias excesivamente misteriosas y de última hora, punto en boca y los ojos esparrancados en muda señal de recomendación. El conjunto se distinguía por un marcadísimo sello provinciano ; el acento recorría toda la escala departamental : violencias meridionales, finales rezagados del centro, cantilenas bretonas, fundido todo ello en la misma petulancia imbécil y ventruda ; levitones á la moda de Landerneau, zapatos montañeses, ropa interior de hilatura doméstica ; aplomos de campanario ó de tertulia de aldea, modismos locales, provincialismos introducidos bruscamente en el lenguaje político y administrativo, en esa fraseología vacua é incolora que de tamañas sandeces y despropósitos ha enriquecido nuestro maltrecho idioma.

Á tomar en serio á tanto bullicioso y á tanto meditabundo como pululaba por allí, no parecía sino que uno se hallase en presencia de los más tremendos removedores de ideas del universo ; por desgracia, al llegar los días de sesión, se transformaban, manteníanse quietos en su banco, miedosos como estudiantes bajo la férula del profesor, riéndose con bajeza al menor chiste de su listo presidente, ó pidiendo la palabra para hacer las mociones más descabelladas, ó para interrupciones de esas que darían margen á creer que no es un tipo, sino una raza entera, lo que Enrique Monnier ha estigmatizado en su inmortal croquis. En resumen, un par ó tres de oradores por una Cámara entera, y el resto, muy buenos para instalarse cómodamente junto á la chimenea de un salón de provincia, tras un excelente almuerzo en casa del prefecto, y decir con voz nasal : « La administración, señores... » ó bien « El gobierno del Emperador... » pero incapaces de pasar de ahí.

Por lo común, el bueno del Nabab se dejaba deslumbrar por esas actitudes, por esos golpes de bombo de los importantes ; pero aquel día se encontraba al unísono con todos los demás. Mientras, sentado delante de la mesa verde, con la cartera encima de ésta y entrambos codos encima de la cartera, leía el dictamen redactado por de Géry, los individuos de la sección le contemplaban mudos de asombro. Era un resumen claro, completo y sucinto de sus trabajos de la quincena, en el cual volvían á encontrar sus ideas, tan bien ex-

puestas que á duras penas las reconocían. Terminada la lectura, y como dos ó tres de los asistentes observasen que el dictamen pecaba de favorable, que no hacía bastante hincapié en algunas protestas elevadas á la sección, el ponente tomó la palabra con una seguridad asombrosa, y con la facundia y la prolijidad peculiar de todos los de su país, demostró que un diputado no debía ser responsable más que hasta cierto punto, de la imprudencia de sus agentes electorales; que de no hacerse así, no había elección que pudiese resistir un examen algo minucioso; y como en el fondo lo que defendía era su propia causa, lo hacía con una convicción, con un calor irresistible, procurando entreverar su peroración de algunos de esos interminables sustantivos rimbombantes y huecos que tanto gustaban á la comisión.

Los demás le escuchaban con recogimiento, transmitiéndose sus impresiones por medio de signos de cabeza, borroneando, para fijar más la atención, frases y monigotes en sus pupitres, lo cual concertaba perfectamente con el rumor estudiantil de los corredores, especie de murmullo de lecciones recitadas de memoria, y con los píos de un enjambre de pajarillos que revoloteaban por el patio enlosado, circuido de arcadas, verdadero patio de colegio.

Aprobado el dictamen, mandóse á buscar á M. Sarigue para pedirle algunas explicaciones suplementarias. Presentóse, pálido como un muerto, desconcertado y tartamudeando á la manera del criminal por casualidad, y daba risa ver los aires de protección, de autoridad con que Jansoulet procuraba animarle, tranquilizarle: «Vamos, serenidad, querido colega...» Pero los miembros de la octava sección no reían. Quien más, quien menos, todos eran de la pasta de M. Sarigue, amen de dos ó tres absolutamente alelados y atacados de una mudez parcial. Tanto aplomo, tanta elocuencia les habían sacado de sus casillas.

Cuando Jansoulet salió del Cuerpo legislativo, acompañado hasta su carruaje por su agradecido colega, serían cosa de las seis. El tiempo espléndido y un sol hermoso que se ponía, hecho una ascua de oro, en aguas del Sena por la parte del Trocadero, hicieron entrar en ganas de un regreso á pié á aquel robusto plebeyo, obligado por las conveniencias á ir en carruaje y á calzar guantes, pero que prescindía, á poco que

pudiese, de semejantes aditamentos. Despidió el coche, y con la cartera bajo el brazo, la emprendió por el puente de la Concordia. Desde el primero de Mayo que no se había sentido tan dichoso como en aquel instante. Con andar pausado, el sombrero echado algo atrás en la actitud que había visto que tomaban los políticos atareados, dejando que con la frescura del ambiente se evaporase toda la calenturienta excitación de su trabajado cerebro, como una fábrica da suelta á su vapor por la cloaca al terminar las horas de trabajo, seguía su camino por entre una porción de siluetas parecidas á la suya, visiblemente salidas de aquel templo de columnas que por cima de las fuentes monumentales de la plaza hace frente á la Magdalena. Á su paso volvíanse los transeúntes diciendo: «son diputados...» Y Jansoulet, al oírlo, se pavoneaba con alegría infantil, una alegría de pueblo, conjunto de ignorancia y de vanidad inocente.

«*El Mensajero*, edición de la tarde...»

Los paquetes salían del kiosco de periódicos situado en el extremo del puente, lleno á aquella hora de montones de pliegos frescos que dos mujeres iban doblando rápidamente y que olían á prensa húmeda, á noticia de última hora, al acontecimiento ó al escándalo del día. Cuasi todos los diputados, al pasar, compraban un número y lo recorrían ávidamente con la esperanza de ver citados sus nombres. Jansoulet, en cambio, por miedo de hallar el suyo, pasó de largo. Pero luego pensó: «¿Acaso un hombre público no ha de hacerse superior á estas debilidades? Ya me siento fuerte para leer cuanto digan.» Volvió atrás y compró un número como sus colegas. Abriólo tranquilamente y se fué derecho al sitio que ocupaban habitualmente los artículos de Moëssard. Precisamente había uno. Siempre el mismo título: *Chinescas*, y por firma, una M.

—¡Ah! ¡ah! exclamó el hombre público, firme y frío como un mármol y con desdeñosa sonrisa. Todavía resonaba en sus oídos la lección de Mora, y, de haberla olvidado, bastara á recordársela el aire de *Norma* desgranado en pequeñas notas no lejos de allí. Pero, aun calculándolo todo en punto á las contingencias de la vida, queda siempre un espacio para lo imprevisto; y aquí lo imprevisto fué que el Nabab sintió cegados sus ojos de improviso por una oleada de sangre, y

ahogársele un grito de rabia en la súbita contracción de su garganta... Aquella vez aparecía mezclada en la villana broma de *la barquilla de flores* su madre, su adorada viejecita. ¡Qué bien apuntaba Moëssard! ¡Cómo sabía los puntos flacos de aquel corazón tan candorosamente abierto!

—Calma, Jansoulet, calma.

Pero en vano repetía para sí estas palabras en todos los tonos; la cólera, una cólera brutal, esa embriaguez de sangre que quiere sangre, se había apoderado de todo su sér. Su primer impulso fué detener un coche de plaza para precipitarse en él, para sustraerse al irritante bullicio callejero, para librar á su cuerpo de la preocupación de andar y de mantenerse en dirección, —parar un coche como para un herido. Pero lo que invadía la plaza en aquella hora de regreso general eran centenares de victorias, de carretelas, de tilburys que bajaban de la gloria fulgurante del Arco de Triunfo hacia la fresca violácea de las Tullerías, precipitándose las unas encima de las otras en la perspectiva descendente de la avenida hasta la anchurosa encrucijada donde las estatuas inmóviles, coronadas de torres y firmes en sus pedestales, las veían separarse por el barrio Saint-Germain, la calle Real y la de Rivoli.

Jansoulet, con el periódico en la mano, atravesaba por entre el tumulto sin siquiera parar mientes en él, dirigiéndose maquinalmente hacia el casino donde iba diariamente, de seis á siete, á jugar su partida. Hombre público, seguía siéndolo; pero agitado, hablando en alta voz, balbuceando votos y amenazas con voz que de pronto reblandecía el recuerdo de la pobre anciana... ¡Á ella, hasta á ella, haberla metido en aquel lodazal!... ¡Oh! si ella lo leyese, si ella llegase á comprender... ¡Qué castigo inventar para un infame tan infame... Á todas estas llegaba á la calle Real en la cual se engolfaban disparados y con exhalaciones de ojes, visiones de mujeres veladas, cabelleras de niños rubios, vehículos de todas formas que regresaban del Bosque trayendo al empedrado de París un poco de tierra vegetal y efluvios de primavera mezclados con aroma de polvo de arroz.

Frente al ministerio de Marina estuvo á pique de coger la acera, al dar la vuelta, un faetón alto, de ruedas ligerísimas, parecido á una descomunal araña cuyo cuerpo formasen

el lacayuelo engarabatado en el arcón y el fulano y la fulana que ocupaban la delantera.

El Nabab levantó la cabeza, ahogó un grito.

Al lado de una chica pintada, de cabellos rojos, con un sombrerillo de anchas bridas, la cual, encaramada en su almohadón de cuero, azuzaba el caballo con las manos, con los ojos; con toda su figurilla tiesa y á la vez echada hacia adelante, pavoneábase, sonrosado también y lleno de colorete, florido en el mismo estiércol, cebado por idénticos vicios, Moëssard, el lindo Moëssard.

La ramera y el periodista, y de los dos, no era ella todavía la más venal!

Dominando aquella procesión de mujeres arrellanadas en sus carretelas, de hombres sentados frente á ellas y hundiéndose en la oleada de volantes de sus vestidos, todas aquellas actitudes de cansancio y de aburrimiento que los ahitos despliegan en público como en menosprecio de los placeres y de la fortuna, los dos miserables se pavoneaban insolentemente, ella, satisfecha de pasear al amante de la reina, y él, sin el menor asomo de vergüenza al lado de aquella infeliz que se entretenía en fustigar á los transeúntes con la punta del látigo, á cubierto, por la elevación de su asiento, de las saludables zarpadas de la policía. Tal vez el amante de la reina, para hacer tomar varas á su regia querida, necesitaba ostentar debajo de sus ventanas á su compinche Susana Bloch, llamada Susanita la Roja.

—Hep... hep...

El caballo, un trotón de primera, alto y de piernas finísimas, verdadero caballo de cocota, volvía á entrar en vereda caracoleando y haciendo piruetas. Jansoulet tiró su cartera, y como si con ella tirase su gravedad, su prestigio de hombre público, dió un brinco terrible y se abalanzó al bocado del animal agarrándose á él con sus fuertes manos velludas.

Un arresto en la calle Real y en pleno día, sólo á un salvaje como él podía ocurrírsele.

—Abajo, dijo á Moëssard cuya cara se había puesto verde y amarilla al reparar en él. Abajo en seguida...

—Suelta el caballo, bruto...

—Arrea, Susana, es el Nabab.

Susana trató de recoger las riendas, pero el animal, agarro-

tado, se encabritó tan violentamente que en poco le vino como el frágil vehículo, á manera de honda, no disparase á cuantos lo ocupaban. Entonces, rabiosa de una de esas rabias de barrio bajo que hacen saltar en las muchachas como ella todo el barniz de su lujo y de su piel, cimbró al Nabab con un par ó tres de latigazos que resbalaron por la compacta callosidad de su rostro, pero que le comunicaron una expresión feroz, acentuada por la súbita blancura de su pequeña nariz que se hendió por la punta como la de un perro de presa.

—Bajad con mil diablos, ó va á rodar tódo.

Entre un remolino de carruajes detenidos por falta de circulación posible ó que bordeaban lentamente el obstáculo con millares de pupilas ávidas de ver, entre el alboroto de los cocheros y el retintín de los bocados, dos puños de hierro sacudían toda aquella máquina...

—Pero, hombre, salta... Salta de una vez... Ya ves que nos echa abajo á todos... ¡Qué puño!

Y la chica miraba al hércules con interés.

Apenas Moëssard hubo puesto el pié en el suelo, antes que pudiese refugiarse en la acera hacia la cual acudían apresuradamente una porción de kepis negros, Jansoulet se arrojó encima de él, le levantó agarrado por el pescuezo como un conejo y sin hacer caso de sus protestas, de sus azorados gritos:

—Sí, sí, ya te las pagaré, miserable... Pero antes quiero hacer contigo lo que con los animales que se ensucian, para que no vuelvan á hacerlo...

Y se puso á frotarle, á sobarle rudamente la cara con el periódico que tenía en la mano hecho un ovillo, y con el cual le asfixiaba, le cegaba, llenándole la piel de desollones que manaban sangre teñida en colorete. Por fin pudieron arrancárselo de las manos, amoratado, casi asfixiado. Á durar unos minutos más, le mata.

Terminada la lucha, mientras arreglaba como podía los desperfectos experimentados en su traje y recogía la cartera de la cual habían saltado y volaban desparramados hasta el arroyo los papeles de la elección Sarigue, el Nabab contestó á los municipales que le preguntaban por su nombre para instruir las correspondientes diligencias: «Bernardo Jansoulet, diputado por Córcega.»

¡Hombre público!

Sólo entonces se acordó de que era tal. ¿Quién lo dijera al verle de aquella suerte, jadeante y sin sombrero, como un mozo de cordel después de unas riñas, blanco de las miradas ávidas y burlonas de la gente que se había reunido y que se iba dispersando cada cual por su lado?

